

MONSEÑOR GREGORIO ROSA CHÁVEZ, OBISPO AUXILIAR DE SAN SALVADOR*

Quienes hemos vivido el martirio en la Iglesia nuestra, hemos visto obispos asesinados, pero también sacerdotes, religiosas, religiosos y laicos. A monseñor Romero lo marcó la muerte de un amigo religioso, el P. Rutilio Grande, jesuita; pidió que se aclarara su crimen y aseguró que de lo contrario no iría a los actos del gobierno, y lo cumplió. He ahí una expresión más de esa libertad que pagó caro. También lo marcó el asesinato de un sacerdote joven: Monseñor vivía en el seminario y le contaron que le habían reclamado a ese sacerdote por haber celebrado una misa, y al llegar al seminario lo asesinaron junto a un niño. Allí, con enorme dolor, habló Monseñor de la Pascua. Otro caso fue el de un sacerdote a quien ametrallaron y le aplastaron la cabeza con una tanqueta.

Su martirio fue uno entre tantos, esta expresión eminente de la fe lo rodeó siempre. De hecho, escribió en su diario: “La gente nos rodeó con una inmensa ternura... ¡Qué bien responden los pueblos cuando saben amar!”. El sabía que lo iban a matar, se preparó para ello y, en su último retiro, lo escribió en su diario; al mes siguiente lo mataron.

* Homilía pronunciada durante la Eucaristía del viernes 19 de junio. Textos: 2Co 11, 18.21b-30; Sal 33, 2-7; y Mt 6, 19-23.

Sucedió en una misa, con poca gente, sin acólitos ni lectores; él no se movió del altar y, desde allí, dijo en su homilía: “si el granito se deja caer en la tierra..., solo muriendo, resucita...; debemos ofrecer nuestro cuerpo y nuestra sangre al Señor, para la liberación y la paz de nuestro pueblo”. En esa misa estaba un fotógrafo que tomó 14 fotografías: la primera, cuando el pastor cae, con un solo disparo en el corazón... Como a Jesús de Nazaret, con una sola lanzada; como Él, después de tres años de ministerio, Romero después de tres años en el servicio pastoral de la arquidiócesis; los dos acusados por su servicio y a los dos los mataron.

Se nos dijo que lo enterráramos cuanto antes, porque el ambiente estaba pesado; pero se propuso que, por el contrario, era mejor que se hiciera cuando estuviera presente todo el mundo. Por eso fue sepultado el Domingo de Ramos. En el entierro había una multitud incontable. De un momento a otro, la gente se dispersó por una bomba... Se trató de un anuncio calculado, irreal, para ocasionar otro desastre... Fue enterrado sin tener libros litúrgicos, sin que la eucaristía se hubiera

terminado, sin que el cardenal de México que la presidía la pudiera concluir. ¡Esa Pascua quedó abierta... para que todos nosotros la prolongáramos... hoy y aquí.

San Pablo nos recuerda que “son tantos los que presumen de títulos humanos”; se anticipa a monseñor Romero afirmando de sí mismo que a los enemigos “les gano en fatigas, les gano en cárceles, no digamos en palizas, y en peligros de muerte... Y aparte, la preocupación por todas las comunidades. ¿Quién enferma sin que yo enferme?”. De ahí y de la fe, el grito del salmo responsorial: “El Señor libra a los justos de todas sus angustias”. Por eso mismo, lo que afirma el evangelio de Mateo: “No amontonen tesoros en la tierra, donde la polilla y la carcoma los roen... Amontonen tesoros en el cielo... porque donde está tu tesoro, allí está tu corazón”.

Nos habían presentado a un Romero “*light*”, como la coca-cola. El papa san Juan Pablo II no lo comprendió en su momento, porque provenía de otra realidad política. Años después el mismo Papa quiso ir a su tumba, y lo hizo en contra de la voluntad del gobierno salvadoreño y de la curia

vaticana; y fue a pedirle perdón porque no lo había comprendido al principio.

La Vida Consagrada (VC) es memoria y profecía. El papa Francisco dijo en Sarajevo que: “Un pueblo sin memoria es un pueblo sin futuro”; y Juan Pablo II había afirmado que “no hay que olvidar a los mártires”, aquellos mártires que derraman su sangre, pero también aquellos que derraman la vida en la entrega cotidiana del testimonio y del servicio. Pues bien, la VC es memoria y profecía, memoria de los mártires que nos han señalado el camino, y profecía de ese martirio sin muerte, de vida entregada por la

justicia y el amor; memoria y profecía de Romero, al que el papa Francisco identifica como testigo de Jesucristo, pastor celoso que quiso quedarse en su pueblo para defenderlo, instruirlo, y dar la vida por él.

Hoy, que Dios glorifique a Romero y que su memoria nos siga animando en este caminar, en una Iglesia que se había dejado caer en el ensimismamiento de su auto-referencialidad y ahora nos manda, en salida misionera, a la calle, al estilo de Jesús. Romero pudo escapar de la muerte y por eso mereció ser beatificado. ¡Que viva monseñor Romero!